

REVISTAS CULTURALES Y MEDIACION LETRADA EN AMERICA LATINA

Mabel Moraña
University of Pittsburgh
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Desde el contexto actual, sería imposible emprender una reflexión productiva sobre la función de la cultura y particularmente sobre el papel mediador de las revistas literarias y culturales de América Latina sin atender a dos ejes principales: el primero, tiene que ver con la larga tradición continental, que reserva a la prensa periódica y luego a las revistas, tanto académicas como independientes, una función principal en el diseño de las culturas nacionales y transnacionales, y en el asentamiento de las bases ideológicas y culturales que conforman la noción de ciudadanía y, más ampliamente, regulan el funcionamiento de la sociedad civil.¹ En segundo lugar, sería imposible no reconocer los múltiples y complejos procesos de resignificación cultural que están teniendo lugar ante nuestros ojos en el contexto de la globalización, y que desde hace décadas están modificando sustancialmente el campo cultural.

Respecto al primer punto, ya ha sido exhaustivamente analizado el papel que jugaron, en las distintas épocas, revistas que impulsaron no solamente la cristalización de nuevas formas de subjetividad colectiva sino la representación de nuevos actores sociales que surgían a la escena social tratando de definir no sólo una voz a través de la cual expresar sus perspectivas y demandas, sino intentando al mismo tiempo crear un público que funcionara como sistema de control y caja de resonancia de las nuevas agendas. Para citar sólo algunos ejemplos, en el siglo XIX, O Journal das Senhoras, creado por la argentina Juana Manso en Rio de Janeiro, es una empresa transnacionalizada de temprano feminismo americano que nuclea, como alternativa a los proyectos estatales de homogeneización ciudadana y patriarcalismo socio-cultural, a un sector que reclamaba nuevas formas de

representatividad política y representación simbólica. En el siglo XX, la cubana revista de avance (1927-1930) o Amauta, (publicada “en tres actos” entre 1926 y 1930) en el Perú, son órganos fundamentales en la diseminación y fertilización del pensamiento marxista en América Latina y en la redefinición de la relación entre identidades colectivas y gestión estatal. La famosa Revista de Antropofagia (cuyos 26 números se publican en dos “dentaciones”, entre mayo de 1928 y agosto del siguiente año) marca a su vez, en el Brasil, un momento fundamental en la búsqueda de una comprensión productiva de las culturas nacionales en América Latina y su relación con los proyectos modernizadores y occidentalistas a nivel continental. Finalmente, para el análisis de la cultura actual, situada en la encrucijada creada por el deterioro de la cultura letrada, la globalización y las políticas culturales del neoliberalismo, son imprescindibles los aportes de revistas como Punto de Vista y Revista de Crítica Cultural (surgidas en 1978 y 1990, respectivamente), que ofrecen lecturas dispares pero convergentes de las problemáticas regionales y de su diálogo con vertientes diversas del pensamiento crítico-cultural a nivel internacional.

Como instrumento de mediación cultural (que actúa en la zona de contacto entre políticas culturales hegemónicas y proyectos alternativos, entre creación artística y grupos receptores, entre el sector intelectual o académico y el lector que es introducido al producto cultural a través de la interpretación o la selección que la publicación le presenta), la revista es casi siempre una empresa educativa –política y pedagógica– aunque más no sea por las maneras en que organiza y filtra los relatos de identidad y traza los vínculos entre el campo cultural y sus afueras (regionales, nacionales, internacionales). Es, asimismo, un vehículo del gusto de determinados sectores sociales o intelectuales, que buscan proponerlo, difundirlo, legitimarlo, a través de diversas operaciones conceptuales, y de diferentes apuestas estético-ideológicas. Y cuando me refiero al gusto quiero abarcar a todas las selecciones, elecciones y preferencias –así como a las exclusiones de ciertas formas de producción cultural– que marcan una

determinada adscripción a la dinámica cultural en su totalidad, es decir, al sistema dominante de valores, ordenamiento social y proyectos políticos que forman el entorno al que la práctica cultural inevitablemente se refiere. Las polarizaciones entre “alta” cultura y cultura popular no son ajenas, por ejemplo, a ese establecimiento del gusto, que depende de la compleja red de producción, reproducción y consumo de mercancías culturales, en las distintas épocas y lugares, y de los valores que esos productos descalifican o consagran. Al mismo tiempo, la mediación letrada que la revista asume está directamente inmersa en la totalidad de la institucionalidad social, o sea interactúa y depende, en distintos grados y formas, de las políticas culturales dominantes, ya sea para confirmarlas y ayudar a su implementación, ya sea para contrarrestarlas con una nueva visión de los términos en que se define el protagonismo cultural, y del reconocimiento que merecen sus reclamos de legitimidad política y social.

Encabalgada así entre la institucionalidad cultural, las imposiciones y lógicas internas del mercado cultural, y la definición de sus propias agendas referidas a la representación y administración de bienes simbólicos, la revista es una pieza fundamental en el procesamiento y divulgación de mensajes, la interconexión de sectores sociales y la canalización de nuevos proyectos que se ven obligados a negociar constantemente su lugar en la esfera pública.

Por la revista circula y se recicla la tradición, al pasar por la prueba de nuevos públicos, nuevas lecturas, nuevas demandas. A través de la revista se producen rearticulaciones del archivo de la cultura burguesa, y se construyen experiencias de recepción que exploran las audiencias y tratan de capitalizar o dirigir sus intereses. También a través de la revista se desafían procesos y políticas, interpretaciones y programas, proyectos y dinámicas. Se inventan o se ignoran fenómenos sociales, políticos o culturales, o se invisibilizan las vinculaciones siempre complejas pero no siempre evidentes entre esos niveles. O sea, **la revista es una pieza central tanto en la reproductibilidad técnica**

de relatos, programas y discursos, como en el fortalecimiento o debilitamiento de su auratización. A través de esta forma particular de mediación, en que el crítico es la pieza intermedia entre el producto de arte y su recepción, y el que trata de gestionar los impactos de la mercancía simbólica y regular su inserción en el imaginario colectivo, las zonas resistentes a la letra (la oralidad, las formas vastas y variadas de la cultura popular, los nuevos productos culturales para los que no existe aún una retórica interpretativa formalizada) enfrentan con la institucionalidad letrada sus más diversos estatutos, apoyos y reclamos, disputando zonas aunque sea marginales –con frecuencia de fuerte potencialidad cuestionadora y contracultural– del espacio público.

Si la representación, tanto simbólica como política, es ya un campo de batalla por la hegemonía de los discursos, el mercado traduce esas tensiones a niveles materiales que decretan la continuidad o desaparición de las publicaciones que compiten por el consumidor cultural. Es indudable que los procesos de globalización han acentuado notoriamente estos fenómenos, complicándolos en la medida en que agudizan desafíos que la modernidad sólo insinuara en la primera mitad del siglo XX, en distintos grados, en las diversas partes del continente. Para empezar, la globalización necesita **languages** capaces de crear puentes culturales y facilitar la traductibilidad de códigos y parámetros valorativos.² Junto a la variada gama de languages y soportes visuales, electrónicos, y sígnicos, las lenguas se sitúan en una competencia no sólo enfrentada a las interacciones multimediáticas, sino también colocadas ante nuevos conflictos y luchas de poder.³ Sería ingenuo pensar que la simultaneidad de tiempos y de espacios que la revolución electrónica ha creado a nivel planetario crea solamente flujos de integración y de intercambio que democratizan, sin otras consecuencias, el espacio cultural transnacionalizado. Más bien, resulta imprescindible enfocar la realidad de nuevas o reforzadas hegemonías que atraviesan el campo cultural globalizado en un impulso por capitalizar los procesos de resignificación discursiva y gestionar las dinámicas de hibridación que se desarrollan en

distintos contextos.⁴

En este sentido, quiero destacar solamente la refuncionalización que se registra en la relación centro y periferia, que en algunos aspectos podemos hacer equivaler al dualismo ‘moderno’ Norte/Sur, pero que se duplica también dentro de las regiones, a nivel nacional, entre áreas urbanas y rurales, entre grupos étnicos, géneros, sectores políticos, etc. Me refiero a la presión que ejercen en cualquiera de esos terrenos fuerzas hegemónicas en el afán por monopolizar la representación apelando a la existencia o a la formación de un público universal, capaz de recibir y aceptar mensajes o mediaciones manufacturados desde posiciones de poder a partir de las cuales los discursos monopólicos intentan reducir, negar o cooptar la *diferencia*, que es esencial a la comunicación cultural.⁵

En el caso particular de las revistas literarias o culturales que se producen en Estados Unidos, por ejemplo, las luchas por el predominio lingüístico se conectan directamente no sólo con el estado actual de lo que tradicionalmente se conociera como “el hispanismo” o los estudios luso-brasileños en relación al amplio espacio del *latinoamericanismo* (entendido éste como la arena en la que se dirimen las luchas representacionales e interpretativas que tienen como objeto a la totalidad de América Latina). La batalla por el predominio lingüístico se vincula también a la competencia por el mercado de las lenguas dentro de la estructura socio-cultural y particularmente académica, a distintos niveles. Del complejo problema que esta competencia apareja, que se relaciona a temas como los de la traductibilidad cultural, la apropiación de la *otredad* y el estatuto epistemológico desde el cual aprehender y “administrar” la *diferencia* cultural, quiero rescatar solamente la problemática de lo local, no sólo en términos geoculturales, sino también en términos simbólicos. Me refiero, entonces, a las localidades o formas de localización (o de co-localización) de los discursos y de las mediaciones a través de las cuales estos discursos se diseminan socialmente,

institucionalmente, comercialmente, en distintos contextos.

Evidentemente, la globalización crea la necesidad de una reinserción de lo local en el nivel de lo transnacional, obligando al mismo tiempo a la redefinición de agendas locales, regionales, sectoriales, etc., capaces de empujar productivamente los flujos acelerados y homogeneizantes de la superintegración planetaria. Pero por otro lado, la reivindicación de lo local, que a muchos niveles, como George Yúdice ha analizado, asegura rentabilidad a los discursos porque introduce la diferencia como una variante (como una mercancía) que estimula el consumo de bienes simbólicos, esa misma reivindicación corre el peligro de ser absorbida dentro de los modelos de exotización que administra la lógica del mercado cultural, perdiendo entonces fuerza, autenticidad, capacidad contracultural, es decir, potencialidad para desafiar proyectos o modelos hegemónicos.⁶ En este sentido, el dilema planteado por Nelly Richard, “Cómo intersectar Latinoamérica con el latinoamericanismo?” sigue teniendo la mayor vigencia, porque nos enfrenta con los compromisos político-ideológicos que tenemos que asumir como mediadores de la cultura latinaamericana y de los conflictos sociales que ella re-presenta simbólicamente. Qué co-localización adquieren entonces los discursos culturales que las revistas diseminan, proponen, implementan? Y al mismo tiempo, cómo regular la función que el *locus* de enunciación está llamado a tener en los intercambios ideológico-culturales en el contexto de la globalidad? Cómo construir una territorialidad cultural para América Latina que sea específica sin ser cerrada y autoreferida, que admita flujos culturales y migraciones discursivas sin convertirse en una tierra de nadie, que sea nuevamente política sin ser sectaria, ni conservadora, ni fundamentalista? Que sea dialógica y hasta polifónica sin convertirse en un campo babélico donde Calibán sólo puede seguir balbuceando en la lengua del amo? Que reconozca y sea capaz de integrar los flujos de lo latinoamericano hacia otras inserciones geoculturales y la incorporación de otras culturas en la propia sin que ésta se sienta necesariamente deglutida, desnaturalizada,

recolonizada?

Creo que las revistas, tanto por su alcance y características de *objetos* culturales, como por los protocolos de lectura que proponen y el público que son capaces de convocar, tienen un papel fundamental que jugar en el proceso de definir, delimitar y defender esa territorialidad. Para mencionar sólo algunos de los desafíos a que debe responder la revista cultural en la actualidad, podemos referirnos a los siguientes:

a) demandas del **multiculturalismo**, no ya en el carácter de “anodina noción liberal” que Homi Bhabha reconociera en él, sino en tanto realidad directamente derivada de los fenómenos de migración de sujetos e ideas, implementación de estrategias culturales regionalizadas (tipo Mercosur, NAFTA, Pacto Andino, etc.) e hibridación étnica, lingüística y cultural a todo nivel.

b) **multilinguismo**, entendido no sólo como un espacio de intercambio y comunicación abierta –tampoco como el lugar babélico donde los mensajes no llegan en realidad a conectar– sino como una arena de lucha y conflicto por la hegemonía y a veces por el monopolio de los discursos y los saberes. Creo que ahora que las lenguas compiten no sólo entre sí sino con lenguajes virtuales y sígnicos de distinta naturaleza, es importante reconocer que las áreas de competencia y actuación de las distintas lenguas están directamente relacionadas con formas de poder y de dominación cultural, de penetración y re-colonización de territorios geoculturales y simbólicos, que luchan por el predominio –a veces sólo por la presencia– en el contexto de las dinámicas globales. Mientras que algunos esfuerzos en la actualidad están encaminados a impulsar el reconocimiento de la estética del bilinguismo o del multilinguismo– tratando de administrar así, productivamente, la diferencia cultural– creo que debe seguirse insistiendo en las políticas

culturales que están detrás de los conflictos lingüísticos, y en el carácter político de estas luchas. Reconocer, entonces, que se trata de luchas representacionales, tanto en el sentido de la representación simbólica, como de la representatividad política de determinados sectores sociales y culturales que se expresan en códigos diversos.

c) **transdisciplinariedad** o incluso, según algunos, post-disciplinariedad, que nos enfrenta a interrogantes, cuestionamientos y búsqueda de respuestas innovadoras a problemas que atraviesan los campos del saber, limitando al mínimo la posibilidad de una superespecialización sobre todo en el área del conocimiento cultural no-científico. En este mismo sentido, el cuestionamiento y debilitamiento del lugar de las humanidades como forma de conocimiento abarcador y totalizante, obliga a nuevas formas de legitimación del papel de la cultura y las “ciencias humanas” dentro de los procesos actuales dominados por la comunicación de masas, los mensajes visuales y electrónicos, y los trasiegos de información a nivel planetario.

d) **modificación del campo cultural y de la función intelectual.** Ante la pérdida de vigencia de la función mesiánica heredada en tiempos de secularización cultural de las antiguas alianzas entre Iglesia y Estado, la función pedagógica, “heroica” e iluminada del intelectual de los siglos XIX y buena parte del XX va dejando lugar a formas de tecnificación que rearticulan la relación entre cultura, instituciones y sociedad civil. Mientras que en muchos contextos el intelectual se recicla como advisor gubernamental en temas relacionados con el análisis de mercados y la definición de políticas culturales (educativas, de financiamiento o subvención de las artes, de institucionalización o regulación del acervo histórico, antropológico, etc.) en otros casos el intelectual lucha por retener espacios de relativa y cada vez menor autonomía con el propósito de ejercer una labor “independiente” en organismos de acción social (ONGs) o en proyectos culturales acotados a problemáticas locales, sectoriales, etc, que pueden alcanzar grados diversos de

incidencia y proyección social. Las revistas son fundamentales como plataformas de debate y transformación de estas funciones, y como termómetros que miden la temperatura social en el campo específico de la acción cultural.

e) surgimiento de **nuevas zonas de análisis** aparecidas a consecuencia de los cambios sociales, económicos y culturales que acompañan a la globalización. Así tenemos por ej. la intersección fuerte y productiva de estudios de cine, feminismo, *Latino Studies*, estudios *gay*, estudios étnicos, etc., que convergen, por ej. con el análisis literario, cultural e ideológico, proponiendo nuevas formas de integrar el conocimiento de las ciencias sociales (historia, antropología, sociología, ciencias políticas) que antes mantenían un dominio independiente, en el estudio de productos y políticas culturales. Muchas de estas nuevas zonas de estudio cultural mantienen obvias correspondencias con el surgimiento de movimientos sociales (movimiento de los *sem terra*, Madres de la Plaza de Mayo, zapatistas, movimiento homosexual, feminismo, ecologistas, etc.) que constituyen nuevas formas de resistencia y acción social en el contexto marcado por el modelo neoliberal. Se vinculan también con el recrudecimiento y cambio de signo de fenómenos como la violencia urbana, la intensificación de las comunicaciones, la emergencia de nuevas formas de subjetividad colectiva, que obviamente empujan a la escena política, social y cultural nuevos actores, sujetos, agendas, que requieren representación. Finalmente, los impulsos aportados por el pensamiento poscolonial, la teorización sobre la “condición posmoderna” y la correlativa crítica de la “modernidad periférica” en América Latina, la fuerza de los *Cultural Studies*, etc. diversifica notoriamente, quizá con una intensidad antes desconocida en nuestro campo de trabajo, las ofertas y las demandas del trabajo intelectual. Este, que ya no se puede limitar al espacio antes preservado de la función letrada, académica y pedagógica, ni se identifica necesariamente con el “compromiso” político, ni goza de los privilegios del mesianismo ni del reconocimiento que el “productor cultural” tuvo en los años de la Guerra Fría, se enfrenta ahora al descentramiento y a la desaturización de la cultura letrada y al predominio de la razón

instrumental que busca transformar la función intelectual y los mensajes y códigos en que ésta se apoya en dispositivos que transmiten un saber especializado (*expertise*) y al mismo tiempo negociable en el mercado vasto de los bienes simbólicos.

f) **reacomodos políticos en el interior de los campos culturales.** Sería largo pero imprescindible analizar los cambios que ha sufrido las nociones de “hispanismo” y de luso-brasileñismo, por ejemplo, desde su orígenes (que pueden rastrearse a la época colonial) hasta nuestros días. De estas reconfiguraciones depende la relación “de lengua” entre las “madres patrias” europeas y las culturas nacionales latinoamericanas, y el modo en que se ha concebido a través de las épocas esa vinculación. En el caso de Hispanoamérica, las instancias de la colonia, la independencia, la Guerra hispanoamericana de 1898, la Guerra Civil española, la Revolución Cubana, las celebraciones del Quinto Centenario, por ejemplo, son sólo algunos de los momentos que pautan el largo camino iniciado por el colonialismo y sostenido por más disimuladas formas de reanexión cultural, reappropriaciones ideológicas, etc., que mantienen algunas revistas simbólica o estratégicamente asociadas con contextos culturales y políticos anteriores, propiciando o impidiendo otras asociaciones. Ej. Revista Iberoamericana sigue asociada por su nombre al componente “ibérico”, desde su fundación en 1938), lo cual es uno de los factores que la mantiene ajena a la cultura latino/chicano/riqueña que se desarrolla en Estados Unidos, entre otras cosas en atención a la tradición de las lenguas ibéricas como marcas de diferenciación y, a su vez, de nexos culturales).⁷

g) **vaciamiento ideológico** que se registra a nivel social, en general, en América Latina. Este fenómeno se hace evidente en particular en la constitución del campo cultural, que acusa el impacto del debilitamiento del estado y las instituciones mediadoras –políticas y culturales–, los efectos de la privatización neoliberal, la pérdida de

plataformas políticas a nivel nacional e internacional, la proliferación y diversificación de agendas sectoriales, el descaecimiento de lenguajes y estrategias de convocatoria popular, la descreencia en discursos totalizadores, y el fraccionamiento de la trama social a diversos niveles. Todo lo anterior indica que nos encontramos no solamente ante una crisis de representación a nivel simbólico sino ante una más profunda aún crisis de representatividad social (política), donde amplísimos sectores sociales han perdido la voz, que es cooptada por el oportunismo ideológico que trata de capitalizar el vaciamiento de la izquierda viendo los estudios latinoamericanos como una tierra de nadie que puede ser recolonizada por las teorías centrales. De aquí que la pregunta por la legitimidad de los discursos salvíficos desde/sobre América Latina, y la redefinición de las dinámicas Norte/Sur adquieran una nueva vigencia para el análisis cultural en el contexto de la globalidad post-Guerra Fría. Esto, y la urgencia de un reagrupamiento aunque sea estratégico del pensamiento de izquierda que permita efectuar una crítica productiva de las políticas culturales del neoliberalismo. La cuestión principal no es, entonces, a mi criterio, desde qué lugar geopolítico se produce la crítica o la teoría cultural, sino desde qué lugar –desde que co-localización– ideológica se efectúa el cuestionamiento de los impactos que el neoliberalismo está teniendo en la producción y en el análisis de la cultura latinoamericana.⁸

Para terminar, pienso que es imprescindible, en el contexto actual, una atención cuidadosa a los desafíos antes anotados, y una implementación sagaz de nuevas estrategias tanto profesionales como político- ideológicas, en el campo de la producción y la crítica de la cultura. La inserción de los aportes y las agendas latinoamericanas en el espacio cultural globalizado exige una comprensión amplia y abierta del espectáculo de la cultura a nivel planetario: del modo en que funcionan sus avenidas virtuales y económicas, sus mensajes sémicos y simbólicos, y sobre todo, sus actores, en la lucha por insertar las agendas locales dentro de los conflictos, intereses y fuerzas que actúan a nivel transnacional pero que repercuten directamente en nuestras comunidades culturales. **Las revistas constituyen, a mi**

juicio, no sólo bases para proyectos críticos sino también plataformas desde las cuales se discute o aprueban, se revelan o invisibilizan aspectos de la conflictividad social y de sus representaciones simbólicas. Los lenguajes que en ellas se manejan, las mediaciones que a través de ellas se efectúan, los espacios que se abren en sus páginas reales o virtuales remiten siempre, con mayor o menor inmediatez, a dinámicas mayores. La proliferación de centros en las periferias tanto como los inmensos y múltiples suburbios que existen en el interior de los grandes núcleos de la globalidad exigen nuevos tránsitos, nuevos vehículos, y energías renovadas en actores culturales que tienen a su favor, en el caso de América Latina, una larga tradición de resistencia y creatividad liberadora. Desde esas bases es que debe emprenderse, a mi juicio, el reagrupamiento de los intelectuales para rehacer las agendas de acuerdo con los desafíos que nos imponen los tiempos simultáneos de la globalidad, recordando que por más superestructurada que pueda parecer, toda política termina siendo siempre local, individual y cotidiana.

Obras citadas

Avellaneda, Andrés. “Desde las entrañas: Revistas de y sobre Latinoamérica en los Estados Unidos.” La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas. Saúl Sosnowski, ed. Madrid, Buenos Aires: Alianza Editorial S.A., 1999. p.549-566.

Beigelman, Giselle. O livro depois do livro. 1999. <http://desvirtual.com/giselle/>

de la Campa, Román. “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos”. Revista Iberoamericana

Faber, Sebastiaan. “‘La hora ha llegado’. Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish American Glory (1938-1948)”. Ideologies of Hispanism. Mabel Moraña, ed. (en prensa).

Moraña, Mabel (ed.) Ideologies of Hispanism (en prensa).

Mosquera, Gerardo. “Arte y globalización en América Latina”. III Foro Latinoamericano. Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo. Badajoz, 21-23 de febrero, 2001 (cit. por Yúdice).

Richard, Nelly. “Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo.” Teorías sin disciplina.

Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate. Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, coordinadores. México: Ed. Porrúa, Colección Filosofía de nuestra América, 1998. 245-270.

Sosnowski, Saúl. La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas. Madrid, Buenos Aires: Alianza Editorial S.A., 1999.

Yúdice, George. “Estudios culturales y sociedad civil”. Revista de Crítica Literaria 8 (Mayo 1994) 43-53.

-----“. “La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina.”. Revista Iberoamericana. Número especial: Mercado, editoriales y difusión de discursos culturales en América Latina. María Julia Daroqui y Eleonora Cróquer, eds, LXVII, 197 (Octubre-Diciembre 2001),

-
1. Un buen ejemplo de la trayectoria y función de las revistas en América Latina puede verse en el libro editado por Sosnowski.
 2. Gerardo Mosquera indica que “la globalización necesita lenguajes, instituciones y usos internacionales que hagan posible la comunicación a escala planetaria” (cit. por Yúdice 640).
 3. Sobre las modificaciones de la cultura del libro y los nuevos problemas de la representación literaria, ver Beigelman.
 4. Sobre algunos de los desafíos que enfrentan las revistas latinoamericanas o sobre América Latina en Estados Unidos, ver Avellaneda.
 5. Yúdice ha hablado de la relación local/global respecto a estos problemas, y de la necesidad de “una nueva división internacional del trabajo cultural”. Ver “La reconfiguración de políticas culturales...” (640)
 6. Yúdice es uno de los investigadores que más ha trabajado la cuestión de mercados culturales, institucionalidad y difusión de discursos. Para ver las dimensiones sociales de los estudios culturales en América Latina ver su artículo “Estudios culturales y sociedad civil”. Para lo que tiene que ver con industrias culturales, diferencia cultural y globalización ver “La reconfiguración de políticas culturales...”.
 7. Ver, al respecto, para un recorrido sobre estos aspectos del hispanismo, el ensayo de Sebastiaan Faber, “‘La hora ha llegado’. Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish American Glory (1938-1948)”.
 8. Avellaneda se refiere a este punto al tratar la relación entre estudios literarios y culturales. El tema ha sido, sin embargo, ampliamente debatido por Román de la Campa y Walter Mignolo, entre otros.